

José Millet

El Caribe a la hora de Santiago de Cuba (Hablo del Festival *Fiesta del Fuego*)

Hay experiencias que lo cambian a uno totalmente: en su visión del mundo, en las proyecciones del alma o de la conciencia, en la percepción de las realidades que nos han rodeado desde niños y a las que hemos aprendido a ver y a sentir de un modo determinado. Acerca del tema se han escrito muchos libros y levantado teorías muy convincentes. Es fácil de ejemplificar con hechos psicológicos ocurridos en la vida de muchas personas o en la de los colectivos, cuando se trata de catástrofes naturales o de acontecimientos históricos, traumáticos o no, como la guerra o la revolución. Lo difícil de aprehender y teorizar es lo que ocurre en lo que, sin pretensión filosófica ni enfoque metafísico, denominó la vida del espíritu, sea tanto en lo individual como en lo colectivo.

Voy a intentar escribir sobre mí, de lo acontecido en mi ser durante estas dos últimas décadas, en lo que concierne al impacto que ha causado en mí ese acontecimiento, diría yo que insólito en la historia de la cultura cubana, que ha sido la Casa del Caribe, y esa otra institución - el Festival - que fue la responsable de que aquella fuese fundada un año y varios meses después de que realizase, en abril de 1981, su primera edición. Simplemente voy a hablar de mi experiencia y espero que para muchos esto sea suficiente. Otros de mis colegas y amigos que participaron conmigo en su creación constitución formal han escrito o hablado en varias ocasiones y lugares. Ahora he creído oportuno hacerlo, ante la proximidad del cumpleaños veintiuno. No voy a respetar ningún orden lógico ni cronológico en la exposición de los hechos, porque lo que me interesa es el análisis en la esfera de la conciencia, de la sensibilidad, de la modelación y reestructuración, del ser a partir de una experiencia compartida con una comunidad - que empezó siendo la de Santiago de Cuba, en la cual me asenté a mediados de los sesenta, y que se fue extendiendo vertiginosamente por las venas secretas y los caminos insondables de toda la Isla hasta adentrarse en las cálidas aguas de ese Mare Nostrum que definiríamos como El Caribe... que nos une.

Tampoco voy a hacer la historia de esa corriente expansiva de efluvios incessantes de afecto, ideas y contactos humanos que se crearía, a partir de ese nuevo espacio de confrontación y debate, entre creadores -tanto de lo que se denomina cultura profesional como la de los sectores populares - de un extremo al otro, así como a todo lo ancho, del archipiélago cubano que empezó a circular, con una fuerza, inusitada, por los canales antes mencionados; dejare de hacerlo no porque rechace su importancia, sino por todo lo contrario: porque forma parte de la onda transformadora que me afecto hasta profundidades de las que todavía no soy enteramente consciente, para confesarlo con toda honestidad. Mucho menos voy a hacer la historia de vida de cada uno de los miembros del grupo de intelectuales, de artistas y de colaboradores que tuvimos inquietudes comunes, algunos siendo muy jóvenes, cuando cursábamos estudios en la Universidad de Oriente a fines de la década de los sesenta y nos interesamos por algo que en nuestro país apenas había sido tratado: nuestra propia identidad, nunca en posición de cuestionamiento de lo que a cubanía se refería, sino en su proyección en un conjunto mayor de pueblos en el que nos insertamos

desde que nacimos en la furia desgarradora del capitalismo impuesto en América por el conquistador europeo, llámese español, portugués, inglés, francés, holandés, etc. y que nos tiraba a la cara esta pregunta en pleno siglo XX: Éramos ¿latinoamericanos, como nos habían bautizado? o ¿hispanoafricanos? como alguien nos definió en alguno momento para reivindicar, en acto de justicia y nuevamente para subrayar al hacerlo, nuestra deuda genética y cultural con África.

Es cierto que, a partir de la introspección y definición erudita de don Fernando Ortiz, entre nosotros no existían dudas de que éramos y somos cubanos. Lo que no quiere decir que, a partir de lo investigado, dicho o escrito por él - como por nadie - todo esté concluido. Él tal vez no supo cabalmente que detrás de esta afirmación estaban treinta años de lucha ininterrumpidas durante las guerras por obtener la independencia de Cuba respecto a su dominio de España, de 1868 a 1898, y otros tantos más después de la intervención de Estados Unidos de América en ellas para culminar frustrando nuestra soberanía como nación. Pero la suya fue una zambullida necesaria y dramática en nosotros, si es cierto que no exclusivamente en el orden psicológico, al menos en el diagnóstico del abigarramiento de pueblos y culturas diversas del que había salido el pueblo triunfante frente al resto de los batientes étnico-culturales y en la identificación de la síntesis espiritual que es nuestra cultura nacional apresada con esa magnífica metáfora del *ajiacó*, que Ortiz proporcionó. Su valor máximo radicó en haber sabido descubrir algunos de los mecanismos que actuaron en la formación de nuestra cultura nacional y en la valentía de reivindicar el aporte del africano como elemento fundamental en su dinámica y, por tanto, imposible de obviar, como lo había hecho el miope colonizador hispano y luego la no menos torpe e ignorante burguesía doméstica.

Si algo he aprendido en estos últimos años es que algunos conceptos suyos no estaban en su totalidad errados, pero debían ser sometidos a una crítica constante en la perspectiva de enfoques novedosos y de los hallazgos recientes aportados por ciencias constituidas en su época en su desarrollo y otras disciplinas que se han ido constituyendo últimamente. Creíamos que, en efecto, la cultura es ese ajiacó tal como fue entonces definido, pero en perenne estado de cocción; no es un guiso acabado que se sirve en la mesa al final de una jornada. Lo más importante son justamente los procesos mismos, los principios y las leyes que los rigen, su modo esencial de operar y de ordenarse para su ulterior proyección como todo vivo y actuante; no los resultados finales en sí mismos. Lo esencial es, ante todo, diríamos, el proceso mismo del hacerse y rehacerse, con los originales y los nuevos elementos que han estado y los que se incorporan, porque es el factor humano el que hace las circunstancias que lo llevan a ser más o menos espeso en algún momento. Puede ser que en un plato estén los mismos ingredientes y no lleguen a cocerse nunca y sin embargo hablemos de un país y de una cultura multicultural, con todos los factores étnicos incluidos y separados, aunque interactuando unos con otros entre sí. Faltó el fuego, alguien podrá argüir, que los cociera. Es una idea tal vez errada, pero lo cierto es que nosotros lo tuvimos encendido durante más de un siglo y el resultado es esa síntesis que descubrimos después que estuvimos en la República Popular de Angola, en 1987, con una comparsa del carnaval santiaguero que participo allí en el Carnaval de Luanda y en lugares adyacentes a la capital.

Debe verse que pasó con el componente africano en el proceso de formación de nuestra cultura y la cultura en un ámbito mayor que es el Caribe. Y también lo que pasa con el entramado abigarrado y complejo de las culturas africanas en nuestro medio.

Allí estaba el mismo problema: multitud de etnias, de lenguas y culturas, pero carentes de la síntesis magistral que se produjo en este crisol que es el Caribe. El fuego no viabiliza la síntesis con su poder destructor, sino con su poder creativo, inteligente y audaz, que incluye las armas del juicio, del pensamiento mesurado y sereno, que es el único capaz de construir la nación deseada. Y la sensibilidad y la imaginación también útiles, indispensables y fecundantes. Por eso nuestro Festival empezó siendo una fiesta de la cultura local, como expresión de esa idea acabada de exponer, dedicada a la cultura total del país y de reconocimiento y respeto a los componentes y batientes que se habían integrado en ella, desde el proceso de conquista misma del invasor español –recordar que nuestro primer mártir fue un indígena procedente de Haití: se llama Hatuey, nombre que irónicamente se conserva en la etiqueta de una cerveza cubana. Murió quemado en la hoguera proclamando no querer ir al cielo al que lo conminaban los conquistadores si en él iba a encontrarse con semejantes cristianos. Enfrentando al invasor, murió entre aquellas llamas, en un sitio ubicado en uno de los ángulos del triángulo de la región histórica por excelencia de Cuba, a escasa distancia de donde siglos más tarde un miembro de la burguesía terrateniente, el abogado y dueño del ingenio azucarero Carlos Manuel de Céspedes, daría la libertad a los africanos pertenecientes a su dotación de esclavos para alzarse en armas en contra del dominio de España, un 10 de octubre de 1868. Los ex-siervos siguieron al ex-amo redentor con escasas armas y reducidos pertrechos a forjar un hogar común en que preferían vivir en libertad o morir en el intento.

Permanece en la memoria colectiva un trozo de pensamiento mítico, tampoco suficientemente estudiado, de aquel hecho: lo que se conoce como *la leyenda de la Luz de Yara*, según la cual el espíritu de un indio se les aparece a las personas envuelto en un fuego resplandeciente. No por este motivo, honestamente hablando, hace algunos años decidimos bautizar el Festival del Caribe con el epíteto de *Fiesta del Fuego*, sino más bien para subrayar ese poder vivificante, pero a la vez de purificación y de conjuro que ese elemento terrible guarda dentro de sí en muchas de las culturas ancestrales que concurrieron a este espacio para producir en él el milagro de esta síntesis del espíritu que permitió decir al Apóstol Martí, a fines del siglo XIX que el Caribe, aunque el no usó este término entonces, exactamente) sería el pontón de las Américas y en él se definiría el equilibrio del mundo.

La primera delegación de Surinam que visitó Santiago, fue tal vez la más grande y representativa de ese país que pisara tierra cubana y la prensa no lo comentó ni nadie ha sabido calificar este hecho porque sencillamente ocurrió *en el interior*, es decir fuera de la capital de Cuba, esa delegación demostró esa idea del abigarramiento: nuestro pueblo vio y palpó por primera vez pueblos *indios* de las regiones del Amazonas desde donde se supone vinieron los primitivos habitantes nuestros, sí los mal llamados *indios*. Me pasó algo extraordinario: en uno de los rostros de una de las integrantes vi el rostro de mi madre, que ha sido siempre para mi un enigma pues no hay nada más parecido al perfil, al biotipo de esa etnia que luego tuve la di-

cha de experimentar en el arranque de los Andes, cuando visité por primera vez Venezuela. En aquella embajada venía casi todo el mosaico étnico-cultural de lo que luego supe era el Caribe, pero amalgamado y difusamente entramado, como lo comprobamos más tarde cuando una delegación nuestra visitó a ese hermano país sudamericano pero caribeño. En las selvas, cercano al más inmenso mar de río que había visto en mi existencia, nos encontramos con una comunidad de cimarrones de origen yuca, de los mismos que habían integrado la comitiva artística que nos había visitado: allí vivían como lo habían hecho desde muy al principio del dominio extranjero en la Isla nuestros africanos esclavizados en los famosos palenques o imbatibles reductos de rebeldía negra enclavados en lo más intrincado de la Sierra Maestra y, en particular, en las serranías del poblado de El Cobre, asiento del santuario de la Virgen de La Caridad, patrona - por muchas razones que no son sólo las de tipo religioso únicamente - de casi todos los cubanos.

Esa fue la primera visión que tuve de la complejidad de la misión que nos habíamos impuesto desde la primera declaración, en un documento programático que luego fue publicado, de en lo que debía constituirse la Casa del Caribe: en un centro que estudiara e investigara, desde todos los puntos de vista posible un solo pequeñito e insignificante problema de las ciencias sociales en nuestro país: el de la determinación de en que consistía el ser caribeño, para lo cual disponíamos de apoyo oficial, pero sobre todo de la visión muy amplia y completa que habíamos recibido en la principal universidad existente en Cuba, que no pertenece por cierto a ningún ministerio: el pueblo, nuestra sociedad que pone y quita los horizontes por aquello de que patria es humanidad, idea de nuestro Martí que compartir hasta el final de mis días. Quiero decir que, en el interior de nuestro pueblo, rodeándonos han estado siempre los componentes, brillantemente sintetizados, de lo que es ese *ser caribeño* que hemos compartido con otros pueblos sin que la geografía haya sido el patrón determinante en ello, sino algo más ancestral y profundo que tiene que ver, sí, ¿por qué no? con el Mar, con las estrellas, con el modo en que los vientos batan la tierra y se venguen los montes y, sobre todo, con los procesos históricos y culturales comunes.